

LA AMISTAD EN LA VIDA RELIGIOSA

TEOLOGÍA Y PRAXIS

Severino María Alonso
Sacerdote Claretiano

Introducción

1. **Dios es amistad**
2. **Jesucristo: amor y amistad**
3. **Creados para la amistad**
4. **¿Que es la amistad?**
5. **Consagración religiosa y amistad**
6. **Criterios de discernimiento**
7. **SIGNOS DE MADUREZ Y DE INMADUREZ AFECTIVA**

«El amigo fiel es seguro refugio. El que le encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio; no hay peso que mida su valor. El amigo fiel es remedio de vida; los que temen al Señor, le encontrarán. El que teme al Señor, endereza su amistad, pues como es él, será su compañero» (Eclco 6,14-17).

Introducción

Hay palabras que tienen magia. Seducen por su especial encanto. Ejercen sobre quien las oye y sobre quien las pronuncia un extraño poder de fascinación, de hechizo y hasta de embrujo. Son, por esta razón, palabras verdaderamente peligrosas. Tenemos necesidad de protegernos frente a ellas, para no ser víctimas de su encantamiento.

Una de estas palabras, mágicas y peligrosas, en nuestro vocabulario actual, es, sin duda alguna, la palabra *amistad*. Cautiva y embelesada. Seduce y embriaga.

Hubo un tiempo, aún no muy lejano, en el que apenas se podía hablar de *amistad* en el ámbito de la educación y, menos todavía, en la vida religiosa. Se hablaba sólo de *amistades* -en plural- para calificarlas peyorativamente de “particulares” y, en consecuencia, para condenarlas sin apelación.

Desde hace ya algunos años, se han superado no sólo el miedo y la sospecha a hablar de este tema, sino también el rubor y la sensatez. Y se ha pasado del silencio a la palabrería, y de la condena a la inflación. Hoy se habla de *amistad* con una superficialidad irritante, profanando ese “santo y venerable nombre”¹, o por lo menos, vaciándolo de contenido. Se llama amigo a cualquiera, con evidente menoscabo de la palabra y del concepto. Un pertinaz abuso nos ha traído la devaluación que ahora padecemos. Hay que regenerar la palabra, devolviéndole su significación original; o reinventarla, si es preciso, para que pueda expresar el mensaje que encierra. Sólo de este modo, podrá inspirar un respeto sagrado y aprenderemos a pronunciarla con temblor litúrgico en los labios y en el corazón.

La palabra y el concepto de amistad sólo pueden regenerarse de verdad desde la teología y la experiencia. Desde la teología, que es la reflexión de un creyente sobre su propia fe, o la fe de un hombre que piensa; "la FEDE allo specchio", "fides quaerens intellectum"; la fe que intenta comprenderse a sí misma, haciéndose inteligible. Y desde la experiencia, que implica un conocimiento inmediato y vivencial, una sabiduría o ciencia sabrosa, impregnada de amor. Por eso, el título de esta reflexión habla de teología y de praxis, y concretamente en el marco existencial de la *vida religiosa*, de esta forma específica de vida cristiana que llamamos *vida religiosa*. Hablaré, pues, a la vez, desde esta doble vertiente: desde mi condición de creyente-religioso, que he dedicado muchos años, por convicción y por deber profesional, a pensar la fe; y desde la rica experiencia de amistad que Dios gratuitamente me ha concedido vivir.

1. Dios es Amistad

Lo máximo que de la amistad puede decirse es que *define a Dios* y nos revela su más íntimo Misterio. *Dios es Amistad*. He aquí la revelación más esencial del Dios de la revelación, que es el único Dios que existe y que ha querido manifestársenos. Dios no es un ser impersonal, neutro o solitario, sino infinita Compañía, Comunión infinita de Amor y de Conocimiento. Dios no es una sola Persona, una única Conciencia solitaria, sino *Reciprocidad de Conciencias*, Familia, Comunidad de Vida, en definitiva *Amistad*. La Amistad define mejor a Dios que el Amor. Porque el amor, por sí mismo, no implica

¹ Publio Ovidio Nasón, *Tristia*, I, 8, 15.

necesariamente reciprocidad, ya que puede darse sin eco y sin respuesta. Y Dios es amor en reciprocidad o reciprocidad en el Amor, es decir, *Amistad*.

La revelación, propiamente, no intenta decirnos lo que Dios es en sí mismo, sino lo que Él es para nosotros. La revelación bíblica tiene un sentido funcional. Pero, al decirnos lo que Dios es para nosotros, al revelarnos su plan salvador sobre nosotros, nos dice también en realidad lo que Él es en sí mismo. «Dios es amor», dice Juan (cf 1 Jn 4, 8, 16). Y, por tanto, donación, entrega personal, pura dádiva de sí mismo, intercambio sustantivo, bondad infinita que se difunde y se comunica. La definición de Dios como Amor no coincide con la definición clásica de la filosofía. Pero es más profunda y más exacta. Dios es Comunión de ser, Comunidad de vida en amor y conocimiento, es decir, *Amistad*.

Dios es Tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo El Padre es Padre por su relación al Hijo. Y se es a sí mismo *dándose* en totalidad, sin escisión ni división, virginalmente. El Padre es *Paternidad*. El Hijo se es a sí mismo *recibiéndose* totalmente del Padre y *volviéndose* hacia Él en reconocimiento infinito. El Hijo es *Filiación*. Y el Espíritu Santo se es a sí mismo *recibiéndose*, a la vez, del Padre y del Hijo -o del Padre por el Hijo- y *volviéndose* a ellos amorosamente en autodonación perfecta. El Espíritu Santo es *Espiración*: Amor mutuo del Padre y del Hijo, Común-uniión infinita.

Dios, por ser Amor-Amistad, es esencialmente *autocomunicación*: en el seno mismo de la *Trinidad*, en la *Encarnación* y en el misterio de la *Divinización* del hombre.

La misma creación encuentra su explicación última y su razón definitiva en la bondad original y originante que es Dios, es decir, en su Amor-Amistad.

Dios es más grande que nuestro corazón (cf 1 Jn 3, 20). Nos sobrepasa infinitamente. Trasciende los límites de nuestra inteligencia y de nuestro mismo ser. La misma razón nos dice que es lógico y normal que sea así. Es verdaderamente “razonable” admitir que existen realidades que superan la razón humana, sobre todo admitir esa realidad última y absoluta que llamamos *Dios*. Ni siquiera después de su revelación, podemos abarcarlo. Sigue siendo infinito y, en consecuencia, incomprensible. Toda pretensión de comprender a Dios es no sólo vana, sino irracional y absurda. Sin embargo, nuestra razón se resiste más a admitir un Dios neutro y solitario que a aceptar un Dios tripersonal. Este es y será siempre un misterio insondable.

Pero un Dios que fuera “única conciencia solitaria” se presentaría a la mente humana como un verdadero contrasentido, es decir, como un absurdo. Porque una conciencia solitaria, por muy infinita que se la suponga, no podría ser feliz e incluso no podría ser conciencia. Y, de hecho, la revelación confirma esta intuición o atisbo del espíritu humano. Dios es Trinidad: tres Personas distintas, que se conocen y se aman infinitamente, con la máxima intensidad y la máxima reciprocidad. Dios es “tres espejos” infinitos e infinitamente conscientes, que mutuamente se reflejan, se entregan y se reciben. *Dios es Amistad*.

Y de Dios-Amor-Amistad deriva todo verdadero amor y toda verdadera amistad en el cielo y en la tierra.

2. Jesucristo: Amor-Amistad

La venida del Hijo de Dios al mundo es la *epifanía esencial del amor*, porque es la epifanía esencial de Dios. Jesús es la Ternura de Dios hecha visible, es el Amor de Dios a los hombres hecho latido humano. "Se ha manifestado la benignidad de Dios nuestro salvador y su amor a los hombres" (Tit 3, 4). Estas palabras de San Pablo son una definición o descripción de Jesús. Él es la manifestación, la prueba, la demostración palmaria de que Dios nos ama. "Tanto amó Dios al mundo, dice el mismo Jesús a Nicodemo, que le entregó a su propio hijo" (Jn 3, 16). "En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 9-10). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores -así realza la gratuidad y generosidad absoluta de su amor- murió por nosotros" (Rom 5, 8).

Por eso, creer en Cristo es creer de verdad que Dios nos ama. Y creer en el amor de Dios es creer en Cristo. "Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene -dice Juan en pura lógica, habiendo conocido a Jesús de Nazaret- y hemos creído en Él" (1 Jn 4, 16).

El amor del Padre al Hijo es principio del amor del Hijo a los hombres. Y el amor de Jesús a sus discípulos es principio y norma última del amor de los discípulos entre sí. "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también los unos a los otros" (Jn 13, 34). "Como el Padre me amó, así también os he amado yo a vosotros. Permaneced en mi amor... Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15,9, 12).

Es sugerente advertir que la partícula griega *kathós*, que se ha traducido siempre por la conjunción comparativa *como*, admite también otra traducción igualmente válida: *porque*. Es no sólo *comparativa*, sino *causal*. El amor de Dios es no sólo anterior al nuestro, sino causa y principio de nuestro amor a Él y a los demás. El amor con que Cristo nos ama no es sólo modelo ejemplar, norma y medida de nuestro amor a los hermanos, sino que es también su principio y su causa, su raíz y su motivo. "Os doy un mandamiento nuevo... Que, *porque* (= como) yo os he amado, os améis también los unos a los otros" (Jn34). "*Porque* el Padre me amó, así también os he amado yo... Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros *porque* yo os he amado" (Jn 15, 9-12).

Jesús es el Amor y el Amigo *común* a todos y *personal* de cada uno. A cada uno y a todos ama de manera personal, gratuita y entrañable; y le llama de verdad *amigo* (cf Jn 15, 14-15). Todos comulgamos en ese bien indivisible que se llama Jesús. Por eso, vivimos una verdad *koinonía*: "Y nuestra *comunión* -koinonía- es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 3). La comunión de todos y de cada uno con Jesús es principio y garantía de la unión entre nosotros. Ser cada uno y todos *amigos de Jesús*, y amigos por iniciativa especial suya, no por iniciativa nuestra, es la gran razón y el argumento decisivo para ser *amigos los unos de los otros*.

Por eso, en toda verdadera *amistad* -que merezca este sagrado nombre- está Jesús. De

forma explícita o implícita, pero real. Más aún, la amistad es como un signo sacramental de su presencia viva. Sólo una amistad presidida y regida por Jesús es auténtica e impercedera.

Pero Jesús no es nunca un “intruso” o un rival en la amistad. Ni siquiera es un “intermediario”. Jesús es la gran *inmediación*, que posibilita, realiza y garantiza la unión *inmediata* entre las personas. El es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Estar unidos con Él y en Él es estar unidos en la mismísima identidad nuestra, en el núcleo vivo de nuestra persona, en lo que la Biblia llama *corazón*.

3. Creados para la amistad

“El hombre, nos recuerda el Concilio, es para sí mismo un problema no resuelto” (GS 21). Su verdadera identidad no la descubren las ciencias humanas. Ni siquiera la filosofía. Mucho menos aún, la biología. Tampoco la psicología, aunque a sí misma se llame profunda. Lo mejor del hombre, su realidad más honda, es inalcanzable por métodos científicos. Y es que el hombre no puede ser definido por sí mismo, ni desde sí mismo, a partir del análisis de los elementos que le constituyen y de las diferencias específicas que le separan y distinguen de los de más seres del universo.

El hombre es *imagen y semejanza de Dios* (cf Gen 1,26-27). En esto consiste su grandeza y su máxima originalidad. Ha sido creado por amor y para amar. Su misma estructura esencial es dialógica, relacional. Desde sus raíces más profundas está organizado para abrirse en comunión personal con Dios y con las demás personas humanas. Ontológica y psicológicamente está hecho y estructurado para la *amistad*. Sólo consigue su realización y su plenitud en esta relación y comunión interpersonal. “El hombre es, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás” (GS 12; cf. *ib.*, 25).

Dios no ha creado al hombre -al ser humano: varón y mujer- para tener una criatura, sino para tener un *amigo*. La creación ha estado siempre ordenada y subordinada a la *alianza*, es decir, a la *amistad* de Dios con el hombre. La alianza-amistad es la razón interna y el sentido último de la creación. Mientras que la creación es la condición externa y el presupuesto para la alianza. Creado a imagen y semejanza de un Dios, que es Amistad, el hombre es intrínseca capacidad y necesidad de vivir en amistad. Su vocación no es la soledad absoluta, el aislamiento total, sino la compañía y la presencia, la comunión viva e interpersonal. Necesita salir de sí mismo y sobre sí mismo: hacia los demás hombres y, en definitiva, hacia Dios. El hombre necesita, para ser de verdad hombre, *tras-ascenderse*. Encerrado en sí mismo, se destruye. El egoísmo es un verdadero atentado contra la propia persona. Es una especie de suicidio psicológico y teológico. El hombre, desvinculado de los demás, se pierde irremediabilmente. Sólo dando la vida, la conserva. Y, perdiéndola, la guarda para siempre (cf. Mc 8, 35).

La vocación última y definitiva del hombre es rigurosamente *divina* (cf. GS 19, 22). El hombre, en su bipolaridad masculina y femenina, ha sido pensado y querido desde siempre en Cristo, y en Cristo ha sido creado, predestinado a reproducir su imagen (cf. Ef 1, 3-14; Rom 8, 29). Sólo en Cristo encuentra su esencia y su consistencia, su razón de ser y su verdadera identidad. “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (GS 22). Cuanto más se parezca a Cristo, es más “él mismo”; porque una imagen es más auténtica cuanto mejor represente al original. Y el hombre

falsifica su propia sustancia en la misma medida en que deja de parecerse a su modelo, que es Cristo. Por eso, como dice el Concilio, “el que sigue a Cristo, Hombre perfecto, *a sí mismo se hace más hombre* (= et ipse magis homo fit)” (GS 41).

En el ser humano, imagen y semejanza de Dios-Trinidad, hay *tres abismos* infinitos, que son en realidad *tres capacidades* para el Infinito; tres vacíos insondables, que son tres disposiciones activas para la Plenitud: la conciencia de su radical *pobreza*, el aislamiento de su *ignorancia* y el hambre insaciable de su *amor*. Sólo el *Padre*, el *Hijo* y el *Espíritu Santo* pueden llenar del todo y para siempre ese triple abismo: Ser y vivir con el Padre, conocer con el Hijo y amar con el Espíritu Santo. Sólo en la *convivencia*, en la *común unión* (= *koinonía*) con las Tres divinas Personas y, en ellas y desde ellas, con las demás personas humanas, el hombre se realiza a sí mismo. Escribe San Juan: “Para que también vosotros tengáis *comuni3n* con nosotros; y nuestra *comuni3n* es con el Padre y con su Hijo Jesucristo... Si decimos que tenemos *comuni3n* con Él, y caminamos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como Él mismo est3 en la luz, tenemos *comuni3n* unos con otros” (1 Jn 1,3.6-7). Cuatro veces emplea, en este breve texto, la palabra *koinonía*, sobre la que escribí en otro lugar:

*"Koinonía es principalmente un intercambio, una comunicaci3n recíproca de vida y de amor entre personas. Es comulgar con alguien -"la comuni3n" implica siempre reciprocidad- al nivel mismo de su "ser" personal, de su interioridad humana y sobrenatural. La koinonía verdadera es una verdadera amistad. Por eso, se realiza, ante todo, en ese 3mbito de intimidad sagrada y de inviolable identidad de la persona que la Biblia llama "espíritu" y "coraz3n"... La Escritura, sobre todo el Nuevo Testamento, revela que Dios ama al hombre con un amor absolutamente libre, gratuito y personal. Y el t3rmino koinonía sirve para designar este nuevo tipo de relaci3n personal entre Dios y el hombre, que es alianza y amistad. Jesucristo es la realizaci3n suprema y la máxima expresi3n de esta koinonía"*².

Por Jesús y en Jesús hemos dejado de ser extraños y forasteros, y hemos pasado a ser de verdad “conciudadanos de los santos y *familiares de Dios*” (Ef 2, 19). Pertenece realmente a la Familia de Dios. Somos hijos del Padre; hijos en el único Hijo que el Padre tiene, Jesucristo, por una real participaci3n de su filiaci3n sustantiva, e hijos por la acci3n vivificante del Espíritu Santo. Y esta común filiaci3n la vivimos en “fraternidad”, es decir, en Iglesia, que es la *vivencia familiar* de la vida familiar de Dios-Trinidad.

4. ¿Qué es la amistad?

Es preciso abordar ahora, de frente, esta fundamental pregunta: ¿Qué es la amistad? Se podría responder, diciendo, sin más, que es *amor recíproco entre personas* o “amor en reciprocidad”. Ambos elementos son esenciales para la amistad. *Amor*, con toda la riqueza psicológica, filos3fica, teológica y teologal que la palabra entraña, una vez rescatada del secuestro y de la manipulaci3n a que ha sido sometida en la actual sociedad de consumo. *Amor*, entendido rigurosamente, sin devaluaciones y sin esos reduccionismos empobrecedores a los que tan acostumbrados estamos. *Amor*, en el

² S. M. Alonso, C.M.F., *Las bienaventuranzas y la vida consagrada*, Madrid, 1988, 6ª ed., pp. 13-14.

sentido más profundo y serio de esta palabra, liberada de tantas resonancias extrañas al verdadero concepto de *amor*, que hoy la palabra tiene. Y *reciprocidad*, que es una relación interpersonal mutua. La amistad añade al amor justamente la *reciprocidad*: el eco y la respuesta en el mismo amor. Hablando con propiedad, sólo la persona es sujeto activo y pasivo de verdadero amor. Sólo la persona puede amar y ser amada. Sólo ella es y puede ser principio y término de amor. Sólo la persona -que es *sujeto*, en el sentido más riguroso de la palabra- es capaz de *reciprocidad*. Por eso, sólo ella puede vivir en *amistad*.

Resulta imprescindible definir -o, por lo menos, describir-, con la mayor aproximación posible, el *amor*, aunque sea ésta una tarea arriesgada y extremadamente difícil. Porque toda experiencia profunda es inefable; y el amor es la más profunda de todas las experiencias humanas. Sobre todo, cuando es *amor recíproco*, es decir, *amistad*. Pero la misma dificultad, lejos de arredrarnos, debería movernos a acometer esta empresa. Porque sólo cuando nos hayamos acercado, siquiera sea temblorosamente, a esta realidad primordial, evitaremos, hasta por instinto, no pocas confusiones, y ya no nos atreveremos a llamar *amor* a lo que no merezca de veras este sagrado nombre; y, menos aún, a lo que es su “profanación”. Amado Nervo reconoció una vez que “nada más que con dar a las cosas su verdadero nombre, se produciría la revolución moral más tremenda que han visto los siglos”³. Y es que las palabras -manipuladas, tergiversadas, adulteradas- se han convertido en los grandes tiranos de la humanidad. Dominan y avasallan despiadadamente.

Todavía no ha sido superada la vieja y ya clásica definición que del amor nos ofreció Aristóteles⁴, y que recogió y comentó Santo Tomás de Aquino⁵. *Amar es querer eficazmente el bien para alguien*. El amor implica y es un deseo sincero, no veleidoso o voluble, una firme voluntad de que alguien -la persona amada tenga y mantenga lo que más le conviene, lo que para él es un verdadero “bien”. Por eso, el principio y el término de todo acto de amor es siempre *una persona*. El amor sólo puede darse entre personas. Es una relación tan estrictamente “personal” que se convierte en “interpersonal”. Y el “bien” primero que se quiere para alguien es su *existencia*, porque es el bien primordial, sin el cual todos los demás carecerían de sentido y ni siquiera serían bienes. En el amor, se quiere, ante todo, que la persona exista, y que exista con la plenitud de dones que necesita para ser ella misma. El amor es, pues, en primer lugar, un gozo profundo y una honda satisfacción de que esa persona exista. Y, desde ese bien original que es la simple existencia, se desean y quieren de verdad para ella los demás bienes. En la medida en que posee esos bienes particulares, surge la *alegría*, que es la expresión más transparente y menos falsificable del amor. Alegrarse con inefable gozo de que la persona exista, y alegrarse sinceramente de sus cualidades, de sus dones naturales y sobrenaturales, de sus éxitos, de todos los bienes recibidos y conquistados por ella, es amor inteligente y amor inteligible. Por el contrario, la *envidia* en todas sus formas -algunas de ellas tan sutiles que no afloran como envidia a la conciencia y que se presentan incluso como rectitud o fidelidad-, los clásicos “celos”, la indiferencia o la frialdad, el desinterés, la pesadumbre o la tristeza por el “bien” de los demás, revelan falta de amor y mezquindad de espíritu. (Sin juzgar conciencias ni intenciones, creo que es de elemental honradez reconocer que, en la vida religiosa, existe no poca *envidia* o,

³”Amado Nervo, *Pensando*, en “Obras Completas”. Madrid, 11, p. 992.

⁴ Aristóteles, *Rethor*, 11, 4, 2.

⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, 1, 20, 2; 1-2, 26, 4; etc.

por lo menos, falta de madurez en el amor, que se disfraza inconscientemente con nombres cristianos y evangélicos).

Sufrir de verdad por el “mal” que padece una persona, por el bien que tenía y que ha perdido, porque no acaba de conseguir el bien que necesita o le conviene, es también una forma y expresión de auténtico amor. La compasión, en el sentido original de la palabra, que es comunión viva con alguien en su propio sufrimiento, es amor verdadero, y resulta un lenguaje perfectamente comprensible para cualquiera.

Confiar en alguien, creyendo en la rectitud de su conciencia y de sus intenciones, aunque se juzguen y hasta se condenen determinados comportamientos objetivos, es también *amar* y *amar* de manera que la persona se sepa realmente amada. Por eso, la confianza que se inspira y que se da es amor, porque es un verdadero “bien” para ella, puesto que le ayuda a crecer. La confianza es, a la vez, forma y contenido de amor. Lo mismo hay que decir de la *esperanza*. Pablo VI, recogiendo el eco de unas palabras de Gabriel Marcel, escribió: “La caridad -no lo olvidemos- debe ser como una *activa esperanza* de lo que los demás pueden llegar a ser gracias a nuestra ayuda fraterna. Y el signo de su autenticidad está en la gozosa sencillez con que todos se esfuerzan por comprender los anhelos más profundos de cada uno” (ET 39).

Gabriel Marcel ha dicho que el alma “es alma por la esperanza”. “La esperanza -ha añadido- es quizás el tejido mismo de que está hecha nuestra alma. Desesperar de un ser ¿no es acaso negarle en cuanto alma? Desesperar de uno mismo ¿no es suicidarse de antemano?”⁶. Y en otro lugar: “Amar a un ser es *esperar* de él algo indefinible e imprevisible. Es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta esperanza. Sí, por paradójico que pueda parecer, esperar es, en algún modo, dar. Y lo inverso es también verdadero: no esperar ya nada de alguien es contribuir a condenar a la esterilidad al ser del que ya nada se espera. Es, pues, privarle de alguna manera y retirarle de antemano -¿qué, exactamente?- una cierta posibilidad de inventar y de crear. Todo nos permite pensar que sólo se puede hablar de esperanza allí donde existe esta interacción entre el que da y el que recibe, ese intercambio que es la nota distintiva de toda vida espiritual”⁷.

El amor alcanza su plenitud cuando se convierte en *amistad*. Porque la amistad -que es una relación interpersonal de comunión recíproca- es la cumbre cimera del amor⁸.

Si “amar” es, como hemos recordado, *querer el bien para alguien*, es claro que en el mismo e indivisible acto de voluntad se dan y se distinguen dos tendencias inseparables, que entran a constituir esencialmente ese acto que llamamos *amor*. Son dos momentos de un mismo movimiento o una doble relación de finalidad: *hacia el bien* y objeto bueno que se desea o se busca, y *hacia la persona* -sujeto, en el más riguroso sentido de la palabra- para quien se quiere ese determinado bien. La adhesión a ese valor objetivo que llamamos “bien”, y que es término inmediato del acto de amor, no es última y definitiva. La voluntad tiende a él sólo provisionalmente y en orden a ponerlo en

⁶ Gabriel Marcel, *Être et Avoir*, París 1935, p. 117.

⁷ Gabriel Marcel, *Homo viator*, París 1944, pp. 66-67.

⁸ Cf. Santo Tomás de Aquino, In III Sent., d.27, q.2, q. 1: “Amicitia est perfectissimum inter ea quae ad amorem pertinent: La amistad es lo más perfecto entre todo lo referente al amor”. Implica y es esa “interacción” y ese “intercambio” de que hablaba Marcel como nota distintiva de la vida del espíritu.

relación con un sujeto. Se quiere el bien no por sí mismo, sino precisamente en cuanto bien de la *persona amada*. En realidad, sólo se ama a la persona, porque en ella termina todo acto de amor. La adhesión al bien es relativa. La adhesión a la persona es absoluta. La voluntad se dirige al bien, no para quedarse en él, sino para llevárselo como presente a una persona⁹.

La clásica distinción entre *éros* y *ágápe*, tal como la entienden y la explican Augusto Andrés Ortega y Xavier Zubiri¹⁰, puede servirnos para conocer con mayor profundidad lo que es el verdadero *amor*. El *éros* es el “amor natural”, o la fundamental inclinación de todo ser creado hacia su propio bien. Es un amor mendicante, que sale de sí mismo no para dar ni -menos todavía- para darse, sino para *hacerse*, para conseguir el “bien” que le falta. Es un amor-deseo o amor-apetito. En el *éros*, el amante se busca a sí mismo, y convierte todo lo demás -sean personas o cosas- en *medio* para conseguir el *fin* de su propio bienestar o de su personal satisfacción. Ahora bien, cuando se trata de una persona, convertirla intencionalmente en “medio”, en “bien útil”, es “cosificarla” e “instrumentalizarla” y, por tanto, cometer un pecado de les majestad. En este sentido, el egoísmo es un grave atentado contra la persona, que es y debe ser siempre un *fin*, aunque no sea propiamente al final de sí misma, y nunca debe ser rebajada a la categoría de *medio* o de instrumento.

Por el contrario, el *amor-ágápe* es amor *personal*, y en consecuencia, entrega de sí mismo, autodonación, oblatividad, efusión generosa del propio bien, desinteresada oferta. En el *ágápe*, la persona sale de sí misma para dar y, sobre todo, para darse. Ella misma se convierte en *don* gratuito. Este es el Amor-Amistad que constituye y define a Dios en sí mismo y en su autodonación al hombre. En Dios no puede darse el *éros*, que implica indigencia y menesterosidad.

El amor verdadero es no solamente *don* sino que tiene razón de *don* primero, ya que es la raíz y el motivo de todos los demás dones. “Lo primero que damos al amigo -afirma Santo Tomás- es el amor con el que queremos para él el bien. De donde se sigue que el amor *tiene razón* de primer *don* por el que se dan todos los demás dones gratuitos”¹¹. El mismo pensamiento repite y desarrolla, siglos más tarde, Fray Juan de los Angeles: “El amor... es el primer *don*, en el cual y del cual y por el cual y par el cual se dan todas las dávidas que libremente se dan”¹²Y antes había dicho: “Este es el primero y principal don y fundamento de los demás que vemos y conocemos, los cuales... tienen más razón de indicios y señales de ese don secreto que de dones, porque en virtud de este primero se nos dieron y dan los demás”¹³.

El amor es el motivo último y la raíz primera, la norma y la medida de todos los demás dones; pero es también, y sobre todo, el don original: el único verdadero don. Los otros posibles dones no son más que indicios, manifestaciones y consecuencias de este don

⁹ Cf. S. M. Alonso, CMF, *Sexualidad, virginidad, amor en la vida consagrada*, Madrid 2000, 5ª ed., p. 79..

¹⁰ Cf. Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid 198 18~ PP. 410411; Augusto Andrés Ortega, CMF, *Eucaristía y paz familiar*, en “XXXV Congreso Eucarístico Internacional”, Barcelona 1952, t. 1, p. 132.

¹¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, 1, 38, 2.

¹² Fray Juan de los Angeles, *Triunfos del amor de Dios*, en “Obras Místicas”, Madrid 1912, t. XX, p. 42.

¹³ Id., *ibid.*, p. 18.

primario y fundamental. Sin él, no tendrían sentido alguno y dejarían de ser propiamente dones.

“Dios, por ser constitutivamente Amor, es esencialmente *Don de sí mismo*. Primero, en la vida trinitaria. De una manera rigurosamente perfecta e infinita. Pero, después y libremente, en la creación, en la re-creación sobrenatural del hombre y, sobre todo, en la Encarnación”¹⁴.

Amar de verdad es querer a una persona por ella misma y para ella misma. Es dar y darse a fondo perdido, sin buscar nada a cambio, sin pasar nunca factura. Es amar por amor. Y es que el amor es y debe ser razón última de sí mismo. No se puede amar por algo distinto del mismo amor. Supo expresarlo bellamente San Bernardo: “El amor se basta por sí mismo, agrada por sí mismo y por su causa. El es su propio mérito y su premio. El amor excluye todo otro motivo y otro fruto que no sea él mismo. Su fruto en su experiencia. Amo porque amo; amo para amar”¹⁵.

Cuando este amor es recíproco, porque encuentra eco y respuesta en la persona amada, ha surgido *la amistad*, que -como hemos dicho- es *reciprocidad en el amor* y que sólo puede existir entre personas. En la amistad, cada uno ama al otro por razón de él mismo, por su propia identidad, simplemente *porque es él*. Se busca y procura eficazmente para el amigo lo *mejor*, sea lo que sea y cueste lo que cueste, incondicionalmente. Por el verdadero "bien" del amigo, uno está dispuesto a todo, incluso a dar la vida. Cada uno ama al otro con amor y por amor oblativo, generoso, desinteresado, gratuito, personal y entrañable. Más aún, en gran medida, cada uno se vive a sí mismo desde el otro, porque se ha dejado “imbuir” por él y se ha creado una verdadera “connaturalidad” entre ambos.

Quiero recordar, a este propósito, lo que escribí en otro lugar: “Cuando una persona ama, queda como *imbuida* interiormente por la persona amada y se produce en ella una real modificación por la que, en expresiones de Santo Tomás, queda *conformada, informada, cambiada, transformada* y, de alguna manera, *convertida* en la otra persona, sin dejar -por supuesto- de ser ella misma. “El amor se dice formalmente virtud unitiva, porque es la misma unión o nexo o transformación mediante la cual el amante se transforma en el amado y de algún modo se convierte en él”¹⁶. En el amor recíproco -o *amistad*- se da una mutua inhesión e inhabitación gozosa. Los amigos recíprocamente se compenetrán y se habitan: cada uno “sale” de sí mismo para morar en el otro y residir en él, “penetrando -añade Santo Tomás- todo su interior, conforme se dice del Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, que escudriña las profundidades de Dios”¹⁷.

La amistad es y realiza una *comunión* -koinonía- a nivel mismo del ser. Cada uno comulga con el otro en ese núcleo vivo de su persona y de su personalidad, que la Biblia

¹⁴ S. M. Alonso, C.M.F., *Vivir en Cristo: El misterio de la existencia cristiana*, Madrid, 1998, p. 115.

¹⁵ San Bernardo, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, *Serm.* 83, n.1 4, en “Obras Completas”, Madrid 1987, t. V, p. 103. *Sermones in Cantica Canticorum*, 83, 4: PL, 183, 1183: “Is (amor) per se sufficit, is per se placet, et propter se. Ipse meritum, ipse praemium est sibi. Amor praeter se non requirit causam, non fructum: fructus eius, usus eius. Amo, quia amo; amo ut amem”.

¹⁶ Santo Tomás de Aquino, III *Sent.*, 27, 1, 1, ad. 2.

¹⁷ S. M. Alonso, C.M.F., *Sexualidad, virginidad, amor en la vida consagrada*, *ibid.*, p. 79-80; cf Santo Tomás, *Summa Theol.*, 1-2, 28, 2.

llama corazón y espíritu. Por eso, la amistad es una realidad sagrada y tiene siempre carácter inviolable, cuando de verdad merece ese nombre, porque es auténtica. En la amistad uno descubre, como por revelación inmediata, el valor ‘absoluto’ de la persona humana y su condición de ‘fin’, que merece ser amada por razón de sí misma, trascendiendo lo que tiene, lo que hace e incluso sus propias cualidades. Por eso, la amistad es una experiencia radical -que toca las raíces de las dos personas amigas- y hasta un intercambio de ser. Cada amigo es para el otro su mejor ‘yo’ y la revelación de su propia identidad. El amor afirma y confirma a la persona amada y asegura, con una inviolable certidumbre, su pervivencia eterna. El amor implica eternidad. Instalados al nivel mismo del ser y de la libertad, los amigos tienen la convicción de haberse amado desde siempre y la seguridad de amarse para siempre. Y esta certeza es, ya desde ahora, causa de bienaventuranza. Gabriel Marcel pone en boca de uno de sus personajes esta afirmación: “Amar a un ser es decir: *tú no morirás*”¹⁸.

En el amor de amistad se da una experiencia y hasta una cierta evidencia de la inmortalidad. Resulta no sólo absurdo, sino “imposible” que el amigo muera de verdad, que desaparezca del todo, que su conciencia se desvanezca en la nada. Más aún, la muerte física no es una verdadera separación, sino el inicio de una nueva comunión y de una nueva presencia recíproca.

La amistad es una auténtica *experiencia de Dios*, un atisbo, un anticipo y hasta un “sacramento” de la plenitud absoluta del Amor y de la Amistad que es el mismo Dios. Y es lógico que sea así, porque -como hemos recordado ya- el hombre ha sido creado “a imagen y semejanza” de Dios (cf. Gén 1, 26-27), que es esencialmente Amor y Amistad y, en consecuencia, ha sido estructurado ontológica y psicológicamente para la amistad.

El amigo ya no es realmente ‘otro’, aunque conserva y reafirma en la amistad su originalidad intransferible y su verdadera identidad, sino ‘uno mismo’. El amigo es siempre ‘único’, pero no en el sentido de exclusivo, sino en el sentido de ‘inconfundible’. “A nadie te pareces desde que yo te amo”, dice un verso de Pablo Neruda. Por eso, ser amado de esta manera es salir definitivamente del anonimato, cobrar conciencia de sí mismo en el más alto grado, y vivir la experiencia más gratificante y enriquecedora. Es anticipar ya, en alguna medida, la bienaventuranza del cielo. Por eso, se ha podido escribir: “El cielo es la dinámica interna de toda amistad. En toda amistad es percibido ya en el cielo”¹⁹.

¹⁸ Gabriel Marcel, *El misterio del ser*, Buenos Aires 1964, p. 293. Cf. Paul-Eulene Charbonneau, *El hombre en busca de Dios*, Barcelona 1985, p. 395: “En fórmula magnífica, Gabriel Marcel explica que amar a alguien es decirle: *no morirás*. Podríamos retomar la fórmula y afirmar que saberse amado es decir a quien ama: *no moriré*. A medida que la conciencia humana se refina, el amor ocupará en ella más espacio, hasta invadirla completamente. Existir será, para el hombre, dar y recibir amor, de tal manera que éste bañará la existencia en su momento de ahora y en su proyección de mañana”.

¹⁹ Ladislaus Boros, *Encontrar a Dios en el hombre*, Salamanca 1971, p. 88. cf. *ibid*, pp. 88-89. “El renunciar a la plenitud total de la amistad sería no sólo renunciar a lo esencial de la amistad, sino que supondría el matarla en germen. ¿Para qué aceptarnos mutuamente de manera infinita si esa aceptación no puede convertirse nunca en total? Sin la aceptación del cielo -lo sepa el hombre explícitamente o no- es imposible vivir la amistad. En definitiva, esto significa que sin el cielo la tierra resulta inhabitable. Con la amistad demostrarnos al mundo y a nosotros mismos que tiene que existir la plenitud eterna. La amistad, por tanto, puede considerarse como un conocimiento anticipado del cielo. El cielo pertenece esencialmente y de manera inseparable a toda experiencia de amistad, aun en el caso de que los amigos no puedan darse cuenta de ello, al menos de forma explícita... El cielo, lo esencial del ser, en el que todo llega a su autenticidad, está por tanto presente en la amistad”.

En la amistad, cada uno considera al otro como una realidad sustantiva y en sí misma valiosa; por eso, no le ordena ni subordina a nada ni a nadie; le ama por él mismo, al estilo de Dios (cf. GS 24).

“Los amigos -escribe Schmaus- están de tal manera referidos el uno al otro, que su amistad afecta al núcleo de su ser personal. La amistad se realiza abriéndose el yo para admitir al tú en su mundo, para hacerle participe de su propia vida, pensamiento, alegría y dolor, y penetrando a la vez el yo en el tú que se abre y se revela, para participar de su vida. Gracias a la amistad, el hombre rompe el estrecho círculo de su yo; se trasciende a sí mismo en el tú y se enriquece aceptando al tú. Debido a este mutuo ofrecimiento y entrega, nace entre ambos una constante unidad, que abarca y comprende a los amigos... Sólo puede haber unión entre dos que saben conservar su pudor, el respeto a sus diferencias y a sus características y soberanía”²⁰.

El amor verdadero, lejos de avasallar a la persona amada y de poner en peligro su identidad, la confirma en su propio ser, la restaura por dentro y la hace siempre crecer.

Sin embargo, cuando se busca al otro para «poseerle» o con el deseo de hacerle servir al propio bienestar, es decir, cuando no se ama a la otra persona por razón de ella misma -gratuitamente- sino por las ventajas que se han recibido o se esperan recibir, no existe amor verdadero, sino verdadero egoísmo.

El amor-ágápe es don gratuito y personal, que se traduce en atenciones delicadas, en infinito respeto, en servicio desinteresado y en búsqueda eficaz del bien del otro. “El verdadero amor, como dice Jacinto Benavente, el amor ideal, el amor del alma es el que sólo desea la felicidad de la persona amada, sin exigirle en pago nuestra felicidad”²¹.

El año 1935, Manuel García Morente escribió un *Ensayo sobre la vida privada*²², en el que dedica unas sabrosas y densas páginas al tema de *la amistad*. Entre otras cosas, dice: “El amigo considera al amigo como un fin en sí mismo, y lo que hace para el amigo no lo hace por cálculo y en espera de la recompensa, sino de modo totalmente desinteresado. Ahora bien: como a su vez el otro amigo practica igual trato de desinteresada acción, resulta la amistad esencialmente recíproca y colma el alma con una suave ventura, una satisfacción tanto más plena cuanto que no ha sido presupuesta ni preparada... La amistad se inicia poco a poco, lentamente, sin causas, por una atracción constante que intensifica el trato, lo depura, lo limpia de todo egoísmo y acaba por vincular estrechamente las dos vidas en clara y serena colaboración vital. *Cada uno de los amigos ayuda al otro en la empresa de vivir...* Para cada uno de los amigos es incumbencia cordial y profunda el ayudar al otro a realizar su ser y esencia, a vivir su vida, pero sin intentar torcerla y cambiarla y desviarla, por cauces impropios, distintos de los que el otro sueña, para sí”²³.

²⁰ Michael Schmaus, *Teología dogmática*, Madrid 1962, t. V, *La gracia divina*, p. 152.

²¹ Jacinto Benavente, *Más fuerte que el amor*, Madrid 1914, acto escena 7.

²² Este *Ensayo* apareció en *Revista de Occidente*, enero y febrero 1935. Ha sido reeditado en “Escritos desconocidos e inéditos”, Madrid, 1987, pp. 320-357.

²³ Manuel García Morente, *Ensayo sobre la vida privada*, en “Escritos desconocidos e inéditos», *Ibid.*, pp. 342-343.

Es significativo y aleccionador el caso singular de Michel de Montaigne (1533-1592), que vivió una excepcional amistad con Esteban de La Boétie. Cuando se encontraron por primera vez, los dos se “reconocieron” como amigos desde siempre y para siempre, por un providencial designio de Dios. Sólo pudieron tratarse a lo largo de cuatro años. Pero vivieron tan intensamente esta amistad que Montaigne no podrá ya olvidarla nunca y le bastará remitirse a ella e intentar describirla cuando quiera hablar de la auténtica amistad. Las amistades ordinarias se van fraguando con paciencia y prudencia, al ritmo mismo de la vida, y exigen llevar constantemente la brida en la mano, como dice Montaigne. Esta amistad excepcional surgió como un regalo del cielo, de la forma más inesperada.

“En la amistad de que yo hablo -asegura Montaigne- las almas se enlazan y confunden una con otra por modo tan íntimo, que se borra y no hay medio de reconocer la trama que las une. Si se me obligara a decir por qué yo quería a La Boétie, reconozco que no podría contestar más que respondiendo: *Parce que c'était lui, parce que c'était moi, porque era él, porque era yo...* Diríase que nuestra unión fue un decreto de la Providencia”²⁴.

El respeto sagrado -la auténtica *reverencia*, de sabor litúrgico es condición y estilo esencial de la verdadera amistad. Es mucho más que la simple cortesía o la educación. Es un hondo sentido de la dignidad del otro y un tembloroso y agradecido asombro de saberse amado gratuitamente por él. Es un respeto transido de infinita *confianza*, que es el ejercicio específico de la amistad.

Si la palabra “enamoramiento” no fuera tan peligrosa por las inevitables resonancias que tiene en el vocabulario habitual, y la entendiéramos en el sentido que le da Julián Marías -en contraposición a la “enamoración”, que es más vibrante y fogosa, pero mucho menos profunda y estable y menos madura- podría servirnos para entender la entraña misma de la verdadera amistad. Dice textualmente Julián Marías: “*El enamoramiento consiste en que la persona de la cual estoy enamorado se convierte en mi proyecto... Al mirarme a mí mismo, es decir, al proyecto vital en que consisto, me descubro inexorablemente envuelto en esa persona; no es simplemente que me proyecte hacia ella, sino que me proyecto con ella, que al proyectarme me encuentro con ella como inseparable de mí. Sin ella, propiamente, no soy yo. Lo cual quiere decir, literalmente, que soy otro que el que antes -antes de enamorarme- era*”. Al amar al amigo y al saberme amado por él con igual amor -personal, gratuito y entrañable- «soy verdaderamente quien soy, en mi plena autenticidad, y siento que *antes* no era verdaderamente quien tenía que ser”²⁵. El amigo me ayuda en la empresa de ser y en la empresa de vivir. Y yo tengo la firme convicción de ayudarle a él en esa misma empresa. Por eso, la amistad es una escuela de «autenticidad», en la que cada uno aprende a ser de verdad él mismo, sin falsificaciones, y a realizar la propia vocación en creciente fidelidad. La amistad verdadera es un camino y una pedagogía de autosuperación, porque el amigo no quiere nunca contagiar al amigo con sus propios defectos, y porque anhela ser para él un «don» cada día menos indigno de lo que él se merece.

²⁴ Miguel de Montaigne, *Ensayos*, Madrid, 1984, p. 150.

²⁵ Julián Marías, *Antropología metafísica*, Madrid 1973, p. 204. 24 Id, íbid, p. 205.

Los amigos conocen, por experiencia, la verdad de las afirmaciones bíblicas: “El amigo fiel es seguro refugio. El que le encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio; no hay peso que mira su valor. El amigo fiel es remedio de vida; los que temen al Señor, le encontrarán. El que teme al Señor endereza su amistad, pues como es él, será su compañero” (Eclco 6, 14-17).

5. Consagración religiosa y amistad

La *fe cristiana* no es una simple *creencia*, porque no es la aceptación de una serie de verdades. Es una relación estrictamente personal, porque es creer en una persona viva, que es la Verdad (cf. Jn 14, 6) y que se llama Jesucristo. Ser cristiano es ser creyente en Jesús de Nazaret, reconocerle y aceptarle como único Señor y Maestro, como Mensajero y como Mensaje. Es entregarse a él sin reservas -en adhesión incondicional- y acogerle como razón total de la propia vida. *La fe es una amistad*. (Y la verdadera amistad es fe).

La vida religiosa es una forma específica de vida cristiana y, por lo mismo, una manera original -y radical de vivir la fe en Jesucristo. El religioso quiere ser *totalmente cristiano y sólo cristiano*²⁶, seguidor y discípulo de Jesús, convirtiendo en *profesión* y en *proyecto de vida* esta condición de *cristiano-seguidor-discípulo*. Por eso y para eso, renuncia a todo lo demás, no porque sea malo o porque pudiera resultar peligroso, sino porque no pertenece intrínsecamente a la condición esencial y existencial de un discípulo y seguidor de Cristo, es decir, de un cristiano en cuanto tal.

El religioso es una persona -hombre o mujer- que se ha dejado fascinar por Jesucristo, que ha experimentado su Amor-Amistad, que ha encontrado la *perla preciosa* y el *tesoro escondido* de que habla el Evangelio (cf. Mt 13, 44-46) y que, en consecuencia, se ha desprendido de todo, subyugado por esa fascinación, por esa experiencia y por ese encuentro. El religioso no es un hombre decepcionado del mundo, sino enamorado de Cristo. No elige este modo de vida -tan sorprendente para quien carece de mentalidad evangélica- por un desencanto, sino por una “ilusión”. Desde la fe, ha quedado prendido y prendado de Cristo. Porque Cristo arrastra, cautiva y fascina de verdad. Tiene y ejerce un gran poder de atracción. Convence del todo y para siempre porque es el Hombre enteramente libre y enteramente para los demás, respuesta cabal a todas las aspiraciones humanas.

Jesús es la Persona viva y vivificante en la que todos comulgan. Por eso, es el verdadero centro, el Corazón y el Alma de la Comunidad, el principio ordenador y animador de su existencia. Sin Él, habría grupo o equipo de trabajo, compañerismo o camaradería; pero no habría auténtica Comunidad, merecedora de este nombre. Jesús llama y ama a cada uno, de forma personal e inconfundible, le une consigo, y en sí mismo le une con todos y con cada uno de los demás. De este modo, se crea la verdadera Comunidad, que es esencialmente cristocéntrica y que se estructura de forma “radial”, porque todos convergen como radios en un eje común, que es el mismo Cristo.

Es significativo que Jesús llame *amigos* a sus discípulos. No los llama “siervos”, porque el siervo no entra en la intimidad de su señor, ni está al corriente de sus secretos, mientras que les llama *amigos* porque les ha abierto de par en par su Corazón, comunicándoles todos sus secretos: todo lo que ha oído y todo lo que sabe del Padre (cf

²⁶ Cf S. M. Alonso, CMF, *Las bienaventuranzas y la vida consagrada*, Madrid 1988, 6ª ed., pp. 37 ss.

Jn 1, 18; 15, 15; etc.). El nombre de *amigo* tiene carácter de *nombre propio*, aunque sea *común* a todos, porque es estrictamente personal y sustantivo. Es aplicable, de hecho y de derecho, a cada uno en particular, y en sentido propio, sin metáfora.

La vida religiosa, por su especial radicalidad, es también una forma radical de Amistad con Jesús y entre nosotros. No nace de nuestra iniciativa, sino de la suya; por eso tiene su misma consistencia. No le hemos elegido nosotros a Él, sino que Él nos ha elegido a nosotros y ha pronunciado sobre cada uno el nombre propio de *amigo*, llamándonos a seguirle y a compartir su mismo estilo de vida. “*La vida religiosa es una amistad*, ha recordado Juan Pablo II, una intimidad de orden místico con Cristo” (31-V-1980). Es “una Alianza de amor esponsal” (RD 8).

Y la amistad común con Jesús se torna necesariamente y es de verdad Amistad con cada uno de sus amigos. La Alianza personal con Jesús es Alianza personal con cada uno de sus seguidores.

La Amistad que es y en que consiste esencialmente la fe cristiana, se estrecha e intensifica vigorosamente en aquellos a los que Jesús llama -como a los Apóstoles- a su seguimiento inmediato y radical, a revivir su mismo proyecto de existencia y a prolongar su misión evangelizadora.

La auténtica *vida comunitaria* -en contraposición a la simple *vida común*- es contenido esencial y ámbito propio del seguimiento evangélico de Jesucristo. Y esta vida comunitaria consiste en estar *siempre unidos*, estando *algunas veces juntos*. Siempre *unidos*, es decir, en comunión ininterrumpida de amor y de conocimiento, en relación interpersonal profunda, en mutuo ejercicio de confianza, de colaboración vital y de servicio; es decir, en verdadera *Amistad*. Amigos del Señor y Amigos en el Señor.

Sin embargo, la vida religiosa se ha entendido más como un *contrato* -en términos jurídicos- que como una *alianza* -en términos bíblicos y teológicos-; más como una ‘coexistencia’ o yuxtaposición de vidas, que como una ‘convivencia’; más como ‘estar juntos’, que como ‘estar unidos’; más como *vida común*, que como *vida en comunión*; más como ‘uniformidad’, que como “unidad”. De hecho, no se ha entendido ni vivido como verdadera Amistad. Hasta las mismas palabras ‘amigo’ y ‘amistad’ resultaban peligrosas; se sospechaba, en principio, de ellas y casi ni se empleaban en el vocabulario habitual.

Hoy, por contraste -ya lo hemos insinuado- se ha pasado del silencio a la palabrería, y de la condena a la inflación, también en la vida religiosa. A cualquiera se le llama amigo. Y a cualquier tipo de relación se la llama *amistad*. En ambos casos, se trivializa una realidad sagrada y se devalúa un profundo concepto.

Si tenemos muy en cuenta y tomamos en serio las reflexiones hechas en páginas anteriores sobre la *amistad*, evitaremos todo peligro de trivialización y de devaluación, y habremos regenerado ese nombre que Ovidio calificaba de “santo y venerable”²⁷.

La vida religiosa sólo puede nacer y sólo puede vivirse auténticamente como *Amistad personal* con Jesucristo, es decir, como una relación mutua de amor. Es Jesús mismo quien inicia, quien crea y quien garantiza esta Amistad, porque es suya la iniciativa y

²⁷ Publio Ovidio Nasón, *Tristia*, 1, 8, 15.

porque su amor es principio y causa del amor con que la persona ama en reciprocidad. Jesús, por medio de su Espíritu, derrama en nuestros corazones el amor con que Él nos ama y con que le amamos nosotros (cf. Rm 5, 5). Amándonos, nos capacita para amarle y para amar a los demás. San Juan hace constar el hecho de que “nosotros *amamos*, porque Él nos amó primero” (1 Jn 4, 19). No es una exhortación a amar -“amemos”, como se ha traducido ordinariamente-, sino una afirmación. En griego y en latín el verbo que San Juan emplea está en presente de indicativo. Sólo desde la honda convicción -convertida en experiencia viva- de ser amados personalmente por Jesús, brota el impulso vigoroso a responderle en amor. Y, así, surge la Amistad, que es *amor en reciprocidad interpersonal*.

La vocación es elección y ‘predilección’. Es un don gratuito que sólo puede existir y entenderse como expresión de amor. Y es -como ya hemos dicho- una llamada personal a compartir la misma vida y misión de Jesús, comulgando en su intimidad y en su destino. La respuesta a esta llamada -que es don objetivo de gracia, que capacita para responder- es, ante todo, creer en el amor, dejarse amar, consentir en ese amor, acogiéndolo activamente. Es Jesús quien sale al encuentro, y a nosotros nos corresponde “dejarnos encontrar” por Él.

La vida religiosa, entendida y vivida como Amistad, tiene su propia lógica y su estilo propio. No se rige por la mera observancia o por la regularidad, ni es simple cumplimiento de unas normas, o “culto de una regla”, sino *fidelidad* a una Persona en actitud de alma abierta. Por eso, no cabe en la auténtica vida religiosa -como no cabe en la verdadera amistad- la rutina, la costumbre o la inercia. La *fidelidad*, que merece este nombre, es siempre dinámica y creadora. Se edita y se estrena cada día y también cada día crece. Es una constante superación.

La *virginidad* -que es el elemento más decisivo de la vida consagrada- es una vivencia de amor interpersonal. Es una experiencia intensa y profunda del Amor humano y divino, gratuito y personal de Cristo, que impulsa a amar con ese mismo amor a Dios y a los hombres. La virginidad consagrada es “vocación al amor”²⁸, porque capacita para amar al estilo mismo de Jesús, con un amor total, inmediato y universal.

El amor virginal es siempre *gratuito*. No busca nada cambio. Excluye toda idea de mérito. Y es razón de sí mismo. Es puro *ágape*: oblatividad, entrega generosa, efusión de la propia bondad, búsqueda desinteresada del bien del otro. Es amor *personal*. Se dirige a la persona de forma inmediata, sin rodeos, directamente: de tú a tú. En este amor, se trascienden incluso las cualidades de la persona -sin negarlas, por supuesto-, y se la ama *por sí misma*, por lo que *es* o, más exactamente, *porque es ella*. Todas las demás posibles razones o motivos para amar se han simplificado y reducido a una sola razón esencial. Así ama Dios, con amor enteramente *gratuito* y estrictamente *personal*. El hombre, como nos recuerda el Concilio, “es la única criatura en la tierra a la que Dios ama *por razón de ella misma*” (GS 24).

Este amor gratuito y personal es el único que puede suscitar la reciprocidad, es decir, una respuesta de amor también personal y gratuito. Y entonces surge -ha surgido ya- la *amistad*.

²⁸ ” Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educati vas sobre el amor humano* (1 noviembre 1983), Madrid 1984, n. 31

La virginidad consagrada, por ser en sí misma Amistad con Jesús, y amor total e inmediato a los otros, al estilo mismo del propio Jesús, es la mejor fuente y la máxima garantía para vivir en amistad: para *amar* con amor gratuito, personal y entrañable y para *dejarse amar* de la misma manera, acogiendo el amor sin el menor peligro de profanarlo con el egoísmo.

Este amor-amistad debe vivirse, ante todo, con los hermanos que Jesús nos ha dado “para estar con Él” (Mc 3, 14), en *común-unidad*. Y, desde esa primera esfera, ha de extenderse en círculos concéntricos -teniendo siempre como centro vivo a Jesús- a horizontes cada vez más amplios.

La amistad es una experiencia profunda y delicada, un don de Dios, antes de ser conquista humana. Pero, ‘don’ que se convierte en quehacer y en compromiso, en responsabilidad. La amistad necesita cultivo. Ni es fruto de la improvisación, ni es tarea de adolescentes. La amistad exige madurez y seriedad. Y es, a su vez, escuela y ejercicio de constante maduración personal. No habría que llamar todavía *amistad* a lo que no es más que un ensayo, por sincero que se le suponga, o un entrenamiento o inicio de amistad.

La amistad verdadera -la que merece incluso escribirse con mayúscula- es definitiva y resiste el paso del tiempo, la prueba y la distancia, la separación material y la prolongada ausencia. Es comunión interior, al nivel mismo del ser del amigo y, por eso, es eterna. Ya hemos recordado que la eternidad es dimensión esencial del verdadero amor. Cuando se ama a una persona por razón de ella misma, *porque es ella* -por su más genuina identidad-, ya no se la puede dejar de amar, porque siempre subsistirá la razón última de amarla, que es “ella misma”. San Jerónimo supo decirlo con frase certera e inolvidable: “*La amistad que puede cesar, no fue nunca verdadera*”²⁹. Ya ocho siglos antes había dicho Aristóteles: “No ama de verdad el que no ama siempre”³⁰.

La amistad puede y debe ir creciendo, al ritmo mismo de la vida. Es una experiencia interminada e interminable, en la que cabe un permanente desarrollo en cuanto a la intensidad con que se quiere y procura el bien para el amigo y en cuanto a la reciprocidad en ese querer. Una amistad verdadera no tiene por qué ser perfecta, en todas sus dimensiones, desde el principio. Basta con que lo sea en la actitud fundamental que cada amigo adopta con respecto al otro, es decir, en el plano más lúcido de su conciencia y en su primera intención; aunque se mezclen también, inconscientemente, algunas motivaciones no del todo purificadas e incluso egoístas.

En el cultivo de la amistad, hay que tener mucha paciencia consigo mismo y con el amigo, y hay que proceder con plena sinceridad y con limpieza de corazón. Hay que someter toda amistad -principalmente en la vida religiosa- al fuego y a la luz de Jesús, para que se vaya purificando cada día más, desprendiéndose de toda posible escoria; y vaya ganando en transparencia, libre de toda sombra de egoísmo. Sólo la amistad en Jesús tiene todas las garantías. Ya hemos recordado que Jesús no es nunca un intruso en la amistad, y ni siquiera un “intermediario”, sino la verdadera *inmediación*, que realiza y garantiza la autenticidad de la amistad y su definitiva supervivencia. “Bienaventurado -confiesa San Agustín- el que te ama a Ti y al amigo en Ti y al enemigo por Ti. Porque

²⁹ San Jerónimo, *Epistolae*, 111, 6, ad Ruffinum monachum: PL 22, 335: “*Amicitia quae desinere potest, vera numquam fuit*”.

³⁰ ” Aristóteles, *Rethor*, 11, 21, 5.

sólo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en Aquél que no puede perderse”³¹. Y, en otra parte, se pregunta: “¿Qué es la *amistad*, cuyo nombre se deriva de la palabra *amor*, y nunca es fiel sino en Cristo, en quien sólo puede ser eterna y feliz?”³². Jesús es Amor-Amistad, es el Amigo común y personal de todos y de cada uno, y sólo en Él -que es más íntimo a cada amigo que él a sí mismo- las personas humanas pueden encontrarse y comulgar en la máxima identidad personal.

La amistad es signo de plenitud. Quien no es capaz de vivir, y en profundidad, una amistad verdadera, no ha sobrepasado la adolescencia en el amor.

Jean Gabriel Ranquet, escribiendo sobre este tema, ha convertido en oración sus reflexiones: “Señor, Tú has tenido a bien ofrecermte esta joya. Por supuesto, Tú nada pierdes. Al contrario, no a pesar de esta amistad, sino gracias a ella, te amo mejor y amo mejor a los otros. Amarte y amar a ese hombre al que tienes alojado en lo más profundo de tu amor para conmigo es realmente la misma cosa. Estando en mis manos, este regalo queda también en las tuyas”³³. Y ha concluido: “No sólo es posible la amistad, sino que es como obligada para quien dilata su corazón con el amor teologal purificado de continuo; es el signo más claro de una consagración lograda. La amistad no es una concesión hecha a nuestra fragilidad, sino la sublimación de nuestra capacidad de amar..., es el fruto de la plenitud. Un corazón de veras habitado por el amor de Dios y de los otros tiene, normalmente, una formidable capacidad de amistad”³⁴.

Si el Cristianismo es la Religión de la *Amistad*, la vida religiosa está llamada a ser verdadera Escuela Superior donde se aprenda, se viva y se enseñe esa suprema sabiduría -ciencia y experiencia- que llamamos Amistad. La vida religiosa, en la medida en que es auténtica, se convierte en una Parábola de Comunión y de Amistad para todos y, de este modo, anuncia y proclama el Reino de los Cielos y es testimonio de Dios-Trinidad.

Todo lo que venimos diciendo sobre la amistad -relación de comunión interpersonal- vale indistintamente para el varón y para la mujer, aunque reviste en cada uno de ellos tonalidades diferentes y tiene diversas implicaciones. Más aún, la *condición sexuada* de la persona humana, la *virilidad* y la *feminidad* -que son y llevan consigo esencial complementariedad y reciprocidad, no sólo en el orden biológico, sino sobre todo en el orden psicológico y espiritual y hasta en el ontológico- ofrecen posibilidades y perspectivas de extraordinaria importancia para la amistad. También, y de una manera especial, para la amistad en la vida consagrada³⁵.

Son justamente las *relaciones sexuadas* -no sexuales y, menos todavía, genitales- las más profundas que puede crear y mantener una persona, y las únicas capaces, no sólo de perdurar inalteradas a través del tiempo y en medio de las pruebas más dolorosas de la vida, sino de transponer las fronteras mismas de la muerte y perpetuarse en la eternidad.

³¹ San Agustín, *Confessiones*, IV, 9, 14: PL, 32, 699.

³² San Agustín, *Contra duas epistololas Pelagianorum*, 1, 1, 1: PL 44, 551.

³³ Jean Gabriel Ranquet, S. J., *Consejos evangélicos y madurez humana*, Madrid 19693, p. 187.

³⁴ d., *ibid.* pp. 188-189.

³⁵ Cf. Juan María de la Torre, OCSO, *La amistad en la vida monástica femenina. Un camino de las amantes de Dios*, en “Mujeres del Absoluto. XX Semana de Estudios Monásticos”, Abadía de Silos, 1986, p. 338: “El yo femenino maduro con el tú masculino maduro se hacen capaces de un solo amor. El uno no pide absolutamente nada al otro, y, por eso mismo, le ofrece la libertad”.

Vale recordar, aquí y ahora, lo que escribí en otro lugar: “Hay estilos de vida que pueden garantizar y promover un tipo de relaciones interpersonales exclusivamente *sexuadas* -de tú a tú-, que comprometen las instancias más profundas de la persona, sin que intervenga para nada lo propiamente “sexual” y, menos todavía, lo “genital”. Estas relaciones, plenamente humanas, son las que, de manera más eficaz, aseguran e impulsan la autorrealización del hombre y de la mujer”³⁶.

José Sellmair, en su famoso y ya clásico libro sobre *El sacerdote en el mundo* -escrito en 1939- y en un capítulo titulado “*Sacerdote y mujer*”, habla de la necesidad que todo hombre tiene, también el sacerdote, de relacionarse con la mujer para no suprimir y para cultivar los impulsos más delicados de su alma y la más alta capacidad de su ser. “El espíritu masculino unilateral, el que no conoce ningún contacto con el principio femenino, permanece unilateral y en cierto modo infecundo”³⁷. Pero advierte muy seriamente que “la entrega corporal no es la única, ni *siquiera la más alta forma de complemento*”. Y añade: “Dante ha pintado de modo inolvidable la posibilidad ideal en Beatriz, que es la que guía al hombre hacia arriba. El hombre, y ante todo justamente el sacerdote, debe salvar para la mujer, aunque fuera contra ella misma, esta fe en su elevado destino”.

Cuando la virginidad consagrada se vive con toda honradez, sin concesiones y sin compensaciones, se experimenta una real e insospechada capacidad para vivir en amistad delicada y profunda, cada día más profunda y delicada, y también cada día más limpia y purificada en el fuego del Espíritu. El varón que vive en virginidad no sólo va creciendo en auténtica “virilidad”, sino que va desarrollando en sí mismo gérmenes creadores que en él se hallaban sólo en estado embrionario, como la intuición, la delicadeza, el sentimiento, etc. Y lo mismo le acontece a la mujer que vive su virginidad al estilo de Cristo y de María: crece en *feminidad*, con todo lo que ella implica de más propio y peculiar y, al mismo tiempo, desarrolla en sí misma lo que acaso poseía sólo virtualmente, como la capacidad discursiva y razonadora, el sentido de objetividad, etc.

La Congregación para la Educación Católica nos ha recordado que “La virginidad es vocación al amor”³⁸. Y ha añadido: “La virginidad implica, ciertamente, renuncia a la forma de amor típica del matrimonio, pero asume a nivel más profundo el dinamismo, inherente a la sexualidad, de *apertura oblativa* a los otros, potenciado y transfigurado por la presencia del Espíritu, el cual enseña a amar al Padre y a los hermanos como el Señor Jesús”³⁹.

6. Criterios de discernimiento

Estamos sufriendo un grave deterioro del lenguaje. Vivimos otra vez, de algún modo, la experiencia dolorosa de la Torre de Babel; una experiencia de general confusión. No logramos entendernos, porque hablamos idiomas distintos, aunque empleemos las mismas palabras. Si, como dijo San Agustín, las palabras tienen alma y cuerpo, espíritu

³⁶ S. M. Alonso, C.M.F., *Sexualidad, virginidad, amor en la vida consagrada*, p. 124.

³⁷ José Sellmair, *El sacerdote en el mundo*, Madrid 1943, p. 225. (Traducido de la cuarta edición alemana por Enrique Díez, OSB).

³⁸ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano* (1 noviembre 1983), Madrid 1984, n.31.

³⁹ Id., *ibid.*

y carne"⁴⁰, hay que reconocer que -en la época actual- varias almas, incluso almas enemigas, habitan un mismo cuerpo. Bajo el sonido material de un vocablo palpitan no sólo distintos sentidos sino, muchas veces, sentidos contrarios.

En páginas anteriores, hemos pretendido regenerar las palabras *amor-amistad* y el concepto por ellas expresado. Ahora, partiendo de este preciso concepto, vamos a ofrecer algunos *criterios prácticos* que ayuden a discernir cuándo existe, o no, verdadero *amor de amistad*.

No estará de más recordar que palabras como *crisis*, *crítica* y *discernimiento*, provienen de una raíz que -en sánscrito: *kri-* significa *purificar*, distinguir o separar; que -en griego: *krinein-* significa *juzgar*, evaluar, decidir; y que -en latín: *cernere-* significa *percibir* con claridad, captar con precisión y definir con exactitud. Implica un ejercicio de *análisis* -crítica-, para una justa *valoración* -evaluación-, en orden a una acertada *decisión*.

Es fácil y peligroso engañarse, llamando *amistad* a lo que no merece realmente este nombre, porque no es más que una cierta simpatía o una simple relación de compañerismo. Pero es más peligroso todavía sufrir este engaño en la vida religiosa -o en cualquier otra forma de vida consagrada- en la que, por su misma naturaleza, la entrega a Dios y a los hombres es total e inmediata, y el amor a los hombres y a Dios es también inmediato y total.

La virginidad consagrada, a imitación y en seguimiento de Cristo-Virgen, es amor divino y humano, que suprime toda mediación en su relación con Dios y con los hombres, toda polarización y todo exclusivismo. Por eso, debe conservar siempre su índole propia y no puede permitirse concesiones ni compensaciones de ninguna clase. El amor virginal es enteramente gratuito y personal. No busca nada a cambio. Da sin esperar respuesta. Y se dirige a cada persona de forma inmediata, sin rodeos, directamente, al estilo mismo del amor de Dios. Porque el amor virginal es el mismo amor de Dios en Jesucristo, que se ha adueñado del corazón humano y se expresa en él con su misma inmediatez y gratuidad.

A veces, al amor virginal se le llama *exclusivo*, con una notoria y grave inexactitud que a muchos ha confundido y confunde. Y es más de lamentar todavía esta grave y notoria inexactitud -que justamente podríamos calificar de *error*- cuando aparece en los mismos documentos del magisterio. Aunque, a decir verdad, la mayor parte de las veces, esa palabra no pertenece al texto original, sino a la traducción. Sabemos que lo que con esa palabra se quiere decir es exacto, pero la manera de decirlo es incorrecta porque expresa de hecho otra cosa muy distinta. Con inmejorable intención, y queriendo resaltar la totalidad, la inmediatez del amor y de la entrega a Dios, lo que literalmente se dice es del todo inadmisibles, porque se afirma que, en esa entrega y en ese amor, *se excluye a los demás*; lo cual es contrario a la esencia misma del amor evangélico. El amor virginal, mucho mejor que ninguna otra forma de amor cristiano, es realmente *inclusivo*, porque *incluye* de verdad a cada hombre y a todos, sin posible excepción, en el mismo amor a Dios. Lo que verdaderamente excluye es el *exclusivismo* en todas sus formas.

⁴⁰ San Agustín, Serm. XXXI, 4: PL, 38, 184: "El sonido es como el cuerpo; y el sentido, como el alma".

El máximo criterio de *discernimiento* para saber cuán- 1 do se trata de *amor* verdadero y de verdadera *amistad* -concretándonos ahora especialmente en la vida, religiosa- es el señalado por Jesucristo: “Por sus frutos se conocen los árboles” (cf. Mt 7, 15-20). Ahora bien, conocemos muy bien cuáles son los *frutos* del Espíritu y los frutos de la *carne*. Es San Pablo quien los describe con estas palabras: “Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, *discordia*, *celos*, *iras*, *rencillas*, *divisiones*, *disensiones*, *envidias*, embriagueces, orgías y cosas semejantes” (Gál 5, 19-21). (Las palabras subrayadas expresan claramente lo que suele darse, en mayor o en menor medida, en el amor y en la amistad cuando no son lo que deben ser, cuando les falta autenticidad y hondura, cuando se mezcla una fuerte dosis de egoísmo y de inmadurez, aunque los que se dicen «amigos» alardeen de que su amistad es entrañable y casi perfecta). Los *celos*, las *envidias*, las *discordias*, las *divisiones*, las *rencillas*, y otras cosas por el estilo revelan un amor infantil o adolescente. Este amor es inmaduro y, en consecuencia, posesivo, absorbente exclusivista, caprichoso, egoísta; no tolera el rechazo, quiere ser siempre el primero, se apoya sobre todo en el mero sentimiento y es extremadamente frágil. Es normal y corriente que esta forma de amor -mejor sería hablar sin rodeos de inmadurez y de egoísmo- se dé en un niño o en un adolescente. Lo verdaderamente grave es cuando se encuentra en una persona cronológicamente adulta; y, mucho más grave todavía, cuando esa persona es religiosa o consagrada, que ha hecho voto de virginidad, que equivale a comprometerse con voto a amar a la manera misma de Cristo, con su mismo amor divino y humano, total e inmediato. Entonces, esa persona y ese voto se con vierten en una pura contradicción, en una falsificación existencial.

“Pero, si todo esto sucede -hay que advertirlo, como lo advertí en otra parte- es precisamente porque no se vive la auténtica virginidad evangélica, al estilo de Cristo, aunque se practique escrupulosamente la "castidad" como virtud reguladora del apetito genésico. Porque la verdadera virginidad -lo mismo que la verdadera oración- es incompatible con esos defectos, sobre todo cuando se han convertido en "actitudes". Replegarse sobre sí mismo, cerrándose a los demás, con el pretexto de amar más a Dios y de guardar la castidad, es una lamentable confusión de ideas y de ideales y un pernicioso engaño y hasta una ridícula caricatura de la virginidad consagrada, que atrae sobre ella el desprestigio y el descrédito. La castidad así vivida es una falsificación de la virginidad”⁴¹.

El mismo San Pablo añade: “En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Gál 22-23). Todas ellas son señales de madurez, son frutos buenos que ponen de manifiesto que el árbol que los produce es también bueno y merece ser cultivado. Una amistad en la que se dan frutos tan excelentes, es en sí misma excelente. Y la calidad de los frutos sirve para medir la calidad de la amistad.

Partiendo del concepto mismo de amor, que es querer y procurar eficazmente el bien verdadero -lo mejor para la persona amada, y del concepto de amistad, que es amor recíproco entre personas, podríamos señalar, mi en concreto, los siguientes criterios prácticos para discernir cuándo existe amistad verdadera, particularmente en la vida religiosa:

⁴¹ S. M. Alonso, CMF, *Sexualidad, virginidad, amor en la vida consagrada, sexualidad*, p. 158. Cfr., más adelante *nota 47*.

6. 1. Amistad “abierta”

La verdadera amistad, sobre todo en la vida religiosa, debe ser y estar siempre *abierta*. Un amigo ha de admitir y hasta querer de verdad y procurar que otras personas amen a la persona a quien él ama, porque esto es indudablemente un bien y una riqueza para su amigo. Y admitir y querer que su amigo ame y quiera de verdad a otras personas, porque también esto le beneficia y le enriquece. Es ésta la única actitud lógica, pues deriva necesariamente del mismo concepto del amor. No desear, o admitir sólo con resignación, que el amigo ame a otras personas y tenga otras amistades, sería evidente egoísmo y una real manera de querer acapararle para sí mismo, privándole de su soberana libertad. De igual modo, cada uno debe evitar cuidadosamente toda «polarización» personal en el otro, manteniéndose permanentemente abierto a los demás. Esto no quiere decir ni supone que haya o deba haber una especie de “nivelación” o de “igualdad” entre todos los, amigos, evitando toda distinción y toda diferencia. Muy al contrario, cada amigo verdadero es de verdad ‘único’, aunque no en el sentido de ‘exclusivo’, sino en el sentido de *inconfundible*. La relación de amistad es tan estrictamente *personal* que nunca y por ningún pretexto puede despersonalizarse o «estandarizarse». Cada amigo es distinto y tiene una propia y peculiar originalidad, que nadie puede hacer desaparecer. En la amistad, no se confunde nunca a nadie con nadie. Ya he recordado el verso de Pablo Neruda: “A nadie te pareces desde que yo te amo”.

6.2. Escuela de "autosuperación"

La amistad verdadera es un factor de crecimiento interior y una escuela de autorrealización personal y de ‘autosuperación’ creciente. Los amigos, sólo por el hecho de amarse desinteresadamente buscando cada uno lo mejor para el otro, se ayudan mutuamente en la empresa de ser y de vivir. Cada uno crece y ayuda a crecer al otro en autenticidad, en libertad, en rectitud, en sentido de responsabilidad, en armonía interior, en fidelidad, en apertura y dedicación a los demás. Cada uno tiene un tembloroso miedo a contagiar al otro con el propio egoísmo con la propia mezquindad de espíritu y, al contrario, quisiera comunicarle los mejores tesoros y ser él mismo por el otro un don y un regalo cada día menos indigno. Este le mueve por dentro a superarse, a vencer sin cansancio los propios defectos y a cultivar las mejores actitudes humanas y sobrenaturales. El amigo no es nunca, propiamente hablando, campo de aterrizaje, y menos todavía «campo de concentración», sino pista de lanzamiento rampa de vuelo e impulso vital de ascensión. Con el amigo, uno se manifiesta tal cual es, sin velos y sin reparos porque se sabe amado por razón de sí mismo -porque es él-, y se sabe aceptado y acogido sin prevenciones sin recelos. Y esta actitud de acogida, de comprensión de respeto y de cariño es lo que le mueve a cambiar e todo aquello en que necesita un verdadero cambio. Por eso, cuando en una amistad no se van dando estos efectos, puede muy bien sospecharse de su autenticidad.

6.3. Paz de espíritu y espíritu de paz

Entre los frutos del Espíritu Santo, San Pablo señal el gozo y la paz. El gozo es una alegría profunda, estable, serena, que llena por dentro de dulce satisfacción y de

delicada suavidad. No es, por supuesto, sinónimo de simple gusto o de placer o de contento. Se trata de una realidad mucho más honda y duradera, que no proviene ni del temperamento ni de causas o motivaciones exteriores, sino del fondo mismo del alma por obra del Espíritu. La amistad verdadera es fuente de verdadero gozo, aun en medio de las pruebas y, dificultades. Y es fuente y motivo de auténtica paz interior y exterior. Esta paz que es también fruto del Espíritu, no es mera tranquilidad o ausencia de turbación, sino íntimo sosiego, quietud del alma, armonía interior y principio de pacificación exterior. Dios nunca turba, ni perturba, ni desasosiega. El es un Dios de paz, que tiene siempre pensamientos y designios de paz sobre los hombres, y no de aflicción o de tortura. Por eso, todo lo que de Dios viene y proviene produce paz – pacífica- incluso en el mismo sufrimiento. De igual modo, en la verdadera amistad, la presencia, el recuerdo, el trato, la palabra del amigo y todo lo que con él se relaciona, lo que de él viene y proviene, produce paz y no desasosiega nunca. La misma ausencia física implica una nueva forma de comunión y de presencia espiritual, y no es nunca simple añoranza o nostalgia. El espíritu no está ‘ocupado’ y, menos todavía, ‘preocupado’ con turbación o desasosiego por el amigo. Su recuerdo, muy frecuente, es pacífico y pacificador y se convierte en oración, porque es siempre un recuerdo vivo en Jesús y con Jesús, el Amigo y la Amistad común.

En cambio, cuando no se dan estos frutos del Espíritu, sino los que San Pablo llama «frutos de la carne», como celos, envidias, discordias, inquietudes turbadoras, etc., no existe verdadera amistad. Hay egoísmo, más o menos disfrazado o disimulado.

6.4. Común unidad

La amistad verdadera nunca separa de los demás a los amigos. Al contrario, en la misma medida en que los amigos se aman y crece entre ellos el mutuo amor, aman y verdad a los demás, sobre todo a los hermanos de la propia Comunidad religiosa, y aumenta su entrega a los otros y su espíritu de servicio. La amistad nunca puede ser exclusivista. Y los verdaderos amigos no se repliegan sobre sí mismos, sino que se abren generosa y oblativamente a los otros. No se aíslan, sino que se unen a los demás. No crean un círculo cerrado o una «secta», sino que son creadores de común unidad (Comunidad), porque crean nuevos lazos y estrechan más los ya existentes entre los hermanos: confianza, respeto sagrado, servicialidad, libertad responsable, sinceridad, fidelidad mutua y entrañable amor.

La amistad auténtica es fermento de auténtica comunidad. En cambio, repliegarse sobre sí mismos, aislarse de los demás, despreocuparse de los otros, de sus problemas y necesidades, y vivir los «amigos» tan pendiente de los propios intereses que apenas les quede tiempo y voluntad sincera de convivir realmente con los demás hermanos, son evidentes señales de que se ha falsificado verdadera amistad, convirtiéndola en un sucedáneo. Por su parte, una Comunidad madura no calificará peyorativamente de “amistad particular”, ni tachará sin más «exclusivista» toda relación y trato preferente entre dos o más hermanos. Querer y pretender que todos tengan con todos la misma relación, el mismo grado de confianza y de comunicación, sería ahogar desde el principio -incluso desde antes de nacer- toda posible amistad. La uniformidad no es nunca un ideal. La uniformidad es pobre empobrecedora, y es una dolorosa caricatura de la verdadera unidad. Sin embargo, no son pocos los que aún confunden la una con la otra y, en nombre de la sagrada unidad, imponen la vulgar uniformidad.

6.5. *Comunión más que comunicación*

Koinonía, en sentido bíblico, es comulgar en un bien indivisible: en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Comulgar a Cristo y comulgar en Cristo. Comunión, que es «común unión» de todos y de cada uno con uno solo, que se llama Jesucristo. Y, en él y desde él, comulgar con los demás en los niveles más profundos: las vivencias y las convicciones. La “comunicación”, en todas sus formas, tiene sentido como medio y como modo de *comunión*, en cuanto que contribuye a crear y a hacer crecer la comunión y en cuanto que la expresa y manifiesta.

Lo más esencial y propio de la amistad es la *comunión*, que es un intercambio profundo, al nivel mismo del ser, una relación interpersonal desde las raíces mismas de la persona: pensamiento, libertad y amor. Y esta *comunión*, esencialmente interior, consiste, se realiza y se expresa en *la confianza recíproca*, que es el contenido y el ejercicio específico de la verdadera amistad. Una confianza que es sinceridad total, plena transparencia mutua, sagrado respeto, fidelidad incondicional, ausencia total de doblez, y hasta reverencia litúrgica. El amigo verdadero no engaña nunca, ni es capaz de fingir o de aparentar. Dice siempre la verdad, lo que cree y lo que piensa. Y lo dice abiertamente, en estilo directo, sin rodeos y sin eufemismos, aunque resulte doloroso. En este caso, es él el primero en sufrir, y nunca hace o dice nada con la intención de hacer sufrir al amigo, de crear en él celos o de suscitar compasión.

Los verdaderos amigos están y viven *siempre unidos*; pero no están ni pretenden estar siempre juntos. Valoran los “encuentros”, la presencia física, la comunicación oral y escrita, todas las posibles formas de relación; pero no absolutizan nada de esto, ni lo echan de menos angustiosamente. Saben muy bien, por vital experiencia, que la verdadera *comunión* es ininterrumpida, que hay una Persona viva y vivificante que les une siempre por dentro y que es más íntimo a cada uno que él a sí mismo; y que, por eso, constituye la máxima *inmediación* y la suprema *koinonía*. Los amigos están seguros el uno del otro, con una inviolable seguridad. Se fian mutuamente, sin vacilaciones y sin temores. Cada uno quiere y busca lo mejor para el otro, y nunca le orienta hacia su propio bienestar ni hace girar, como un satélite, en torno a sus personales intereses. Ama al amigo por razón de él mismo, por él para él, simplemente *porque es él*. Le ama por amor. resulta que, sin pretenderlo ni buscarlo, encuentra una r puesta de amor gratuito, personal y entrañable. Y, entonces, agradecidamente acoge este amor como un don gratuito de Dios, como un regalo sorprendente que le de sorprendido. Pero nunca tiene el peligro de acapararlo de apropiarse de él. Lo conserva siempre temblorosamente, como gracia que se está recibiendo en cada instante y con la certidumbre gozosa de que Dios no retira nunca sus dones (cf. Rom 11, 29). Y prorrumpe en una liturgia, de acción de gracias, de alabanza y de adoración al Dios-Amistad, que comunica una experiencia de sí mismo en el don sagrado de la *amistad* verdadera.

Alguien ha podido hablar, acertadamente, de *la liturgia de la amistad*. Y ha escrito, entre otras cosas: “La persona humana, mediante su cuerpo se convierte en liturgia viva. La liturgia vive y habla en símbolos; porque liturgia es encarnación. Precisamente en la amistad tiene lugar el rito simbólico del amor, que es comunión de dos personas, de sus cuerpos como cuerpos litúrgicos, sacramentales y resucitados. El rito del amor,

como todo rito, no fusiona, es lazo de comunión. En la liturgia, el cuerpo se convierte en lenguaje de comunión. Por los ojos, la frente, el rostro, las manos, el silencio, la palabra expresada, la voz, se crea esa música inefable que tiene fuerza de alabanza. Y la liturgia, como el amor, no es mera emisión, es también escucha, lugar de resonancia de la voz en el misterio de ambos, tiernos y vigilantes, vigilantes del uno frente al otro y del uno-con-el-otro para Aquel-que-llega. En la liturgia de la amistad, el cuerpo se convierte en lenguaje y en escucha; y, en última instancia, en silencio de comunión, al aproximarse ambos al abismo profundo, abierto ante sí mismos. La amistad, así entendida, es una liturgia amorosa y profética; porque contesta las relaciones de los hombres, fundadas generalmente en el falso amor, en el dinero, en el poder, en el orgullo y en el desconocimiento del otro⁴².

No hay que confundir, en ningún caso, el amor y la amistad con las posibles “manifestaciones” de ese amor y de esa amistad. Puede darse, y de hecho se da, un amor profundo y una amistad excepcional -hondísima e intensa- sin especiales manifestaciones externas y aun sin una frecuente comunicación entre los amigos. El recuerdo vivo -sobre todo, convertido en oración, porque es un recuerdo en Jesús y con Jesús, el Amigo y la Amistad común-, la viva conciencia de comunión interior, la real presencia mutua -verdadera “inhabitación” recíproca-, la infinita confianza, la gozosa seguridad de ser cada uno amado por razón de sí mismo, con un amor enteramente virginal -sin sombra de egoísmo-, y de amar al otro con la misma calidad e intensidad de amor, constituyen una riqueza inconmensurable y son el contenido más valioso y duradero de la amistad.

Cuando los amigos -o uno de ellos- necesitan, con desasosiego y hasta con ansiedad, las manifestaciones externas, aunque éstas sean muy elementales y no lleven ninguna carga explícita de egoísmo y, menos todavía, de sexualidad, es señal clara de que les falta todavía mucho camino por recorrer en la vivencia de la amistad. Por eso sufren más que gozan, y su desencanto es mayor que su bienaventuranza. En el fondo, aprecian más el estar juntos que el estar *unidos*. Valoran, de hecho, más el gesto externo -un beso, un abrazo, un apretón de manos, una visita o una carta- que la *comunión* interior. Prefieren la palabra al contenido; y el ruido, a la música. Son verdad ‘desdichados’, en vez de ser felices.

Cuando la ausencia física o la distancia material hacen disminuir el recuerdo y la conciencia de comunión en los que se dicen amigos; cuando, al estar juntos, necesitan hablar ininterrumpidamente, y no saben callarse, ni sienten necesidad de guardar silencio; cuando la simple presencia no es la mejor palabra y la máxima forma de comunicación; cuando uno busca y exige las “confidencias” del otro, sin respetar litúrgicamente el secreto inviolable de su interioridad; cuando “se profana” esa interioridad sagrada, entrando en ella por propia iniciativa, avasallando la libertad o manifestando a otros lo que el amigo ha comunicado de sí mismo; cuando se da más o igual importancia a las ‘manifestaciones’ de confianza y de amor que al mismo amor y a la confianza; cuando no se adopta ni se cultiva una actitud y un estilo de sobriedad y de sencillez en el trato mutuo y en el mutuo comportamiento, sin caer por ello en la frialdad o en la aspereza; cuando no se es capaz de renunciar, por elegancia más que por miedo, incluso a determinadas ‘manifestaciones’ perfectamente lícitas; o cuando se olvida, en la práctica, que una amistad entre personas consagradas debe llevar siempre el sello inconfundible de la virginidad, a ejemplo de Jesús y de María, y exige una

⁴² Juan María de la Torre, OCSO, *La amistad en la vida monástica femenina*, ib., pp. 331-332.

notable madurez humana y espiritual; entonces -en todos estos casos- hay que reconocer humildemente y sin morbosos complejos de culpabilidad moral, que la *amistad* requiere serio ejercicio de conversión y de reajuste. Pos supuesto, no hay que arrancar el árbol; pero hay que enderezarlo convenientemente y cuidarlo con singular esmero.

A medida que un religioso o una religiosa van viviendo su virginidad consagrada con honradez y como amistad personal con Jesucristo -como una Alianza de amor esponsal experimentan en sí mismos una creciente capacidad para *amar* cada día con mayor intensidad y con mayor limpieza a los demás, y para *dejarse amar* sin peligro de profanar el amor con el egoísmo. El miedo a amar y a ser amados, todavía no infrecuente entre los que profesan la virginidad, revela una desorientación y una verdadera inmadurez afectiva. “*Sólo podrá dar razón de su virginidad aquél que -con sencillez y con la provisionalidad de todo lo que es recibido como gracia- pueda afirmar que su celibato le ha enseñado a querer, en lugar de cerrarle al amor*”⁴³.

Es realmente peligroso creer que se ama a todos, con un amor universal, cuando de verdad no se quiere a nadie personalmente. Es peligroso también, sobre todo porque para algunos les resulta tranquilizador, refugiarse en *un amor sobrenatural* desencarnado, que no pasa de veras por la propia psicología humana y que no se convierte en calor y en latido humano. Es una forma de jansenismo pretender amar con amor exclusivamente “espiritual”, sospechando por principio de todo sentimiento y cayendo en una especie de insensibilidad estoica. Jesús *amó con corazón humano* (= humano corde dilexit), como ha tenido que recordarnos el Concilio (GS 22), y nos enseña a amar con su mismo amor. Sólo es de verdad “cristiano lo que es, a la vez e indisolublemente, *divino y humano*, como el mismo Cristo que es Dios y es *Hombre* en un dad de Persona.

No es raro, por desgracia, encontrarse con religiosos religiosas, que están convencidos y seguros de amar a Dios y al prójimo con auténtico amor sobrenatural de caridad cuando de hecho son incapaces de vibrar ante nadie y que demás les resultan indiferentes. Será oportuno record aquí las palabras que Charles Péguy pone en boca de Dios:

*«Tampoco me gustan los beatos. Los que, como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia. Los que creen que están en lo eterno porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que, como no están con el hombre, creen que están con Dios. Los que creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie»*⁴⁴.

⁴³ José Ignacio González Faus, S.I., *Notas marginales sobre el celibato de Jesús*, en “Teología y mundo contemporáneo”, Madrid, 1985, p. 238.

⁴⁴ Charles Péguy, *Palabras cristianas*, Salamanca 1982 4 1 p. 98; cf Juan María de la Torre, *La amistad en la vida monástica femenina*, pp. 325-326: “El cariño no es puro sentimiento. Pero una continencia, una vida monástica que erradique la sensibilidad resulta demasiado enfermiza, destruye múltiples valores y fomenta una serie de rarezas y comportamientos extraños, fronterizos con lo patológico; porque el corazón queda duro y reseco por una falta de riego afectivo. Síntomas evidentes de esta sequedad cordial en tantas comunidades monásticas son entre otros: el rigorismo, la incompreensión ante problemas humanos, las frecuentes reacciones primarias e infantiles, los deseos de dominación, la inflexibilidad.... y hasta el mismo trabajo desenfrenado. Si ser virgen y monja condujera sin remedio hasta ahí, sería algo monstruoso e inadmisibile la virginidad y la llamada a la soledad”.

7. Signos de madurez y de inmadurez afectiva

La palabra *madurez* es de origen botánico. Se dice propiamente de los frutos que están maduros o inmaduro. En sentido figurado, esta palabra indica una cierta plenitud psicológico-moral de la persona humana. Implica desarrollo armónico y progresivo -de acuerdo con la edad- de todas las cualidades humanas, singularmente de la capacidad y necesidad de amar y de ser amado. En la madurez hay, pues, una cierta plenitud y perfección, y hay un orden y armonía de conjunto. La madurez afectiva repercute benéficamente en toda la persona: libertad, inteligencia, responsabilidad, etc.

La madurez afectiva consiste en *la recia independencia en el amar*. Se ha descubierto teóricamente, hasta llegar a un verdadero convencimiento, que *amar es querer y procurar eficazmente lo mejor para la persona amada*, que el amor no es un mero sentimiento, ni una simple atracción, sino que es ofrenda, donación, oblatividad, búsqueda eficaz del «bien» para el otro; y que, por lo mismo, orientar a una persona hacia el propio bien, provecho o bienestar, es una imperdonable manipulación y un grosero egoísmo, aunque a veces se le confunda con el amor y hasta se le llame "amor". Amar es *dar, y sobre todo, darse*. Uno sale de sí mismo, pero no para mendigar, sino para ofrecer y para dar.

Podrían señalarse, descriptivamente, los principales signos de *madurez*, sin tener la pretensión de ser exhaustivo y sin querer abrumar a nadie con una lista interminable.

- *Equilibrio* (dinámico) en las emociones y sentimientos.
- *Capacidad de entrega* a los demás: sin egoísmo, gratuitamente.
- *Aceptación* de sí mismo y de los otros: con las cualidades y limitaciones.
- Saber *amar*: sin miedos y sin imprudencias.
- Capacidad para vivir en verdadera *amistad*.
- Conservar la propia *independencia* y *respetar* la independencia de los demás. No avasallar nunca ni querer controlar a las personas.
- Capacidad de *silencio* y de *soledad*: que no deben entenderse como fuera ausencia de ruido como aislamiento, sino como presencia de uno a sí mismo y como viva comunión con los otros.
- Unificación e *integración interior*: sin divisiones ni dispersiones.
- *Seriedad* y *alegría* armónicamente conjugadas.
- *Flexibilidad de juicio*, equidistante de la dureza o terquedad y de la simple condescendencia.
- Capacidad activa de *diálogo*.
- Sentido *responsabilidad*: que es capacidad para comprometerse y para responder de lo que uno hace u omite, y que implica obrar por motivaciones serias y nobles, y nunca por simple gusto o capricho.
- Capacidad para *integrarse* en la sociedad y, de un manera especial, en la comunidad, sin timidez y sin descaro.
- *Sentido del humor*: no dramatizar, sabiendo relativizar las cosas y los problemas, viendo el lado bueno y hasta jocoso de la vida.
- *Optimismo* moderado: sentido triunfal, pero no triunfalista, de la vida.
- *Comprensión*, que no es ni implica aceptarlo
- Justificarlo todo.

- *Paciencia y perseverancia*, aun en medio de las dificultades.
- *Sentido común*, que es una forma de inteligencia práctica, de espíritu crítico y de serenidad.

Y podrían señalarse también, en la misma forma de criptiva, los principales *signos de inmadurez*. (Bastaría, quizá, con decir que el reverso de las señales de madurez pueden considerarse como signos claros de inmadurez).

- *Inestabilidad emocional*.- cambios frecuentes y repentinos de humor, de sentimientos, de estados de ánimo.
- *Descontento habitual y espíritu de crítica*.
- *Egocentrismo*: creerse el «centro» de todos y de todo.
- *Terquedad o falta de flexibilidad mental*.
- *Insensibilidad o sensibilidad exagerada*.
- *Descontrol de la propia sexualidad*.
- *Dependencia infantil o independencia adolescente*.
- *Irresponsabilidad*, que implica actuar por primeros impulsos, por tendencias inmediatas, por simples gustos, y no por motivos razonables y serios.
- *Afán de llamar la atención*.
- *Espontaneidad sin prudencia*.
- *Incapacidad para vivir en silencio profundo y en soledad*, en concentración mental.
- *Exclusivismo* en el trato con las personas.
- *Incapacidad para mantener relaciones interpersonales profundas, como la amistad*.
- *Envidias, celos, complejos* que impiden actuar con libertad, *autoritarismo, etc.*

En el fondo, la *inmadurez afectiva* consiste en el *egoísmo*. Se vive mendigando, no ofreciendo ni dando. Se sale de sí mismo; pero para pedir, en actitud indigente y menesterosa. Uno se busca a sí mismo, incluso cuando se dirige a los demás. En toda forma de egoísmo, por sutil e imperceptible que sea, se orienta a los demás hacia el propio provecho y bienestar. Y, en este caso, intencionalmente, se convierte a la persona en ‘bien útil’, es decir, no se la trata como persona, sino como si fuera realmente una “cosa”. De ahí, la gravedad objetiva del egoísmo.

Por desgracia, existe bastante inmadurez en la vida religiosa; y no como dato de excepción, sino como tónica general: miedo a amar, espíritu de crítica, descontento habitual, insensibilidad o sensibilidad a flor de piel, susceptibilidad, desconfianza frente a los demás, envidia, dureza, escasa flexibilidad, autoritarismo, facilidad para complicarse la vida y para complicársela a los otros con problemas insignificantes, etc.

Sin embargo, Juan Pablo II ha repetido, desde el principio de su pontificado, que todo religioso y toda religiosa deben dar el testimonio de “una personalidad humanamente realizada y madura” (10-XI-1978) y deben ser “personalidades maduras” (28-X-1979). Sólo entonces se pondrá de manifiesto lo que afirma el Concilio: “Quien sigue a Cristo, Hombre perfecto, se hace a sí mismo más hombre: *et ipse magis homo fit*” (GS 41).

El hombre -nos recuerda también el Concilio- “no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (GS 24). Ahora bien, la vida religiosa es, por su misma naturaleza, la entrega total de la persona humana a Dios y a los hombres. Ese sentido fundamental tienen, como en Jesucristo, los llamados “consejos evangélicos”: ser autodonación plena, es decir, *amor total*. Por eso, la vida religiosa, si es auténtica -representación sacramental del género de vida Cristo (cf. LG 44)- y no un triste sucedáneo o algo remotamente parecido al proyecto humano de existencia de Jesús, que fue el Hombre enteramente libre y enteramente para los demás, es la mejor vía de acceso para alcanzar la verdadera plenitud personal. Si en un número notable de casos, esta plenitud no se alcanza de hecho, habría que sacar la conclusión de que ya no se trata de auténtica vida religiosa, sino de una lamentable falsificación.

Los religiosos no deberíamos preocuparnos por ser muchos; sino por ser de verdad lo que tenemos que ser. No deberíamos vivir con angustia el problema del “número”, y deberíamos cuidar y cultivar bastante más la “calidad” y la autenticidad evangélica, comenzando por nosotros mismos, por los que ya somos religiosos.

Recordemos, por lo demás, que la verdadera madurez se consigue, sobre todo, desde dentro y mediante una intensa *vida espiritual*, que es vida *en* el Espíritu y *desde* el Espíritu, y que equivale exactamente a vivir *en* Cristo y *desde* Cristo.

La amistad personal con Jesucristo, que resuelve desde sus más hondas raíces el problema afectivo, es capaz de restaurar la urdimbre misma de la persona, da plenitud humana y equilibrio interior. Desde la experiencia de ser amado por Cristo con amor personal, gratuito y entrañable, divino y humano, rigurosamente infinito, el hombre es capaz de amar al estilo mismo de Cristo. Y sólo, cuando ama de esta manera, consigue la propia libertad y la plena madurez, y llega al “estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4, 13).

La relación personal y entrañable con María-Virgen, Madre, Hermana y Amiga, en amor filial, fraterno y amistoso, es la mejor escuela de Amistad personal con Jesucristo y con los demás, y de maduración e integración de la afectividad.